

EL TINAJERO POETA



José Antonio Ramos Rubio

T los
Editores

NOVELA HISTÓRICA

El Tinajero poeta

Primera edición: 2021

© del texto: José Antonio Ramos Rubio

© de esta edición:

TAU EDITORES

Cuesta de Aldana, 6

10003— Cáceres

www.taueditores.es

Impreso en España – Printed in Spain

I.S.B.N.-978-84-123134-9-9

Depósito legal:CC-0192-2021

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A mi amiga Toñi González Merino, guareñense, que
me inspiró a escribir esta obra.*

*A mi amigo, el Académico Antonio Viudas Camarasa,
biógrafo de Luis Chamizo.*

*“Porque semos asina,
semos pardos,
del coló de la tierra
los nietos de los machos que otros días
triunfaron en América”.*

(El Miajón de los castúos, 1921)

Índice

Capítulo primero: Los primeros años.....	13
Capítulo segundo: La adolescencia en Madrid y Sevilla	31
Capítulo tercero: Entre Guareña y Madrid	47
Capítulo cuarto: El regreso a Guareña.....	75
Capítulo quinto: Conoce a Virtudes Cordo	87
Capítulo sexto: Los círculos literarios y estrenos de sus obras	95
Capítulo séptimo: La Guerra Civil.....	129
Capítulo octavo: Los últimos días.....	135

Capítulo primero: Los primeros años

Corría el año 1894....

Estaba empezando a amanecer. Joaquín, un humilde tinajero, se apresuraba a cerrar la ventana de su taller para evitar que el frío mañanero penetrara en la estancia.

Se sentó en un taburete de madera y se dispuso a moldear el barro cocido con sus manos para tornear una tinaja. Mientras la iba dando forma, intentaba con sus manos estilizarla, pero la dichosa vasija, con su abultado vientre, no acababa de adquirir el perfil deseado. Realizaba rápidos giros con el barro humedecido, que acariciaba con sus manos, pero no conseguía la tinaja deseada, esa en la que el vino que oculta néctares sabrosos se pudiera conservar con esmero.

Cansado, dejó la faena y se fue a la salita donde su esposa Asunción, persona culta, que se encontraba en estado de buena esperanza, le esperaba leyendo el periódico *La Semana*. No tenía muchas amigas debido a un temperamento demasiado exigente. Era muy devota del rosario de María, pues rezaba dos rosarios y todos en un día, uno por la mañana y otro al caer la tarde. El cuarto de estar en el que se pasaba las mañanas Asunción era muy amplio y había en él un sofá victoriano, dos sillones y cuatro sillas, todas estaban tapizadas de vieja seda roja, una gran mesa, y dos lámparas colgando del techo. También había una chimenea con dos trofeos de caza sobre la campana, que les había regalado su amigo Juan Borrella.

—¿Qué ha pasado? Has terminado pronto, le preguntó Asunción.

—¡Maldita sea! por más que lo intento, no consigo realzar la tinaja. Gritó Joaquín al borde del colapso nervioso, alzando sus brazos con gesto de impotencia.

Ella reía silenciosamente.

—Siéntate aquí. Con paciencia lo conseguirás—, le dijo Asunción con voz cálida.

Joaquín la acarició, y ella respondió enseguida:

—¡Sal a respirar a la calle y verás como regresas mejor!

Joaquín, frotándose la cabeza y levantándose, salió de su casa en la Alverquilla y subió la larga calle que desembocaba en la plaza, camino de la botica que regentaba su amigo Elías Briones. Deambuló por la calle mirando en todas las direcciones. Se acercó a la puerta de entrada. Allí estaban el veterinario, el secretario y el cura, que se reunían frecuentemente con él y con el boticario, que siempre terminaba sus parrafadas con una frase lapidaria, y con gesto cínico de estar de vuelta de todo.

Comentaban en una larga tertulia los sucesos que acontecían, no solo en la población de Guareña, sino también los acontecimientos que ocurrían en el resto del mundo. Joaquín iba dispuesto cada mañana, con las noticias que ya, de antemano, le había ido contando su esposa, a relatar los sucesos como el ocurrido el día antes en la provincia argentina de San Juan, donde un movimiento telúrico quedaría para la historia como el mayor terremoto de la historia nacional de Argentina, causando gravísimos daños y numerosas víctimas en la provincia de San Juan y menores daños en otras poblaciones.

Juan Borrella, veterinario, era un sujeto corpulento, que siempre fantaseaba de las piezas que cazaba, delgado, con su manera retorcida de hacer preguntas, dirigiendo la mirada hacia el secretario, con firmeza en la voz, le dijo:

—Permítanme que no pueda acallar, por convicción, un hecho que he leído en *La Vanguardia*, el alcalde de Badalona

ha instalado relojes en diferentes sitios públicos de aquella localidad. Eso mismo podríamos plantear a nuestro alcalde.

Francisco, que así se llamaba el secretario, era un hombre bajo, de manos y pies pequeños, con el cráneo alto, calvo y ojos azules que chispeaban. Tenía cincuenta años. Un hombre con reputación de santidad. Miró a los cuatro y le pareció increíble que ninguno de ellos reaccionase ante esta aseveración. Como si todos los presentes estuvieran desclasados respecto a todo lo que les rodeaba. Se encogió de hombros para quitar importancia a sus palabras. Hizo una pausa, como esperando a que alguno dijera algo. Para salir de ese trance embarazoso, dijo:

—Estábamos comentando la noticia del terremoto y ahora me vienes con esto, exclamó Francisco, que tenía más paciencia que un santo.

—No te digo que no. Sería una buena mejora pública que el vecindario vería con satisfacción, replicó el cura.

—Cuando vaya al Ayuntamiento se lo comentaré a don Vicente (alcalde), seguro que está de acuerdo, apostilló Francisco. Pero más interesante es la noticia procedente de Lyon. Allí se ha creado un motor monocilíndrico tras construir un primer coche a petróleo.

Joaquín, por su parte, había estado abstraído, estuvo un buen rato en la misma posición, sin prestar atención a sus amigos, dirigiendo la mirada a todas partes y a ninguna en particular. Su único propósito era conseguir dar la forma que se le había metido en la cabeza a las tinajas. Con pulso nervioso, se despidió de sus camaradas y regresó a su casa, no sin antes pasar por la Plaza Vieja donde estaba el beaterio en el que residían seis mujeres a entregar dos mantas que le había dado su mujer para las personas necesitadas. Estas mujeres, sin estar en clausura, vivían en comunidad y subsistían con su trabajo personal, la asistencia a los pobres y el producto de una tierra de labor de cabida de dos fanegas de sembradura, y un cortinal con veinte pies de olivos. Joaquín era un hombre callado, siempre se apoyaba en su esposa. Era lo único que amaba en este mundo, y por eso nunca quería defraudarla. Asunción era